

**Degiovanni, Fernando (2024). *Latinoamericanismos situados. Guerra, mercado, literatura*. Villa María: Eduvim. 432 pp.**

Una pregunta injusta para comenzar esta reseña: ¿por qué traducir *Vernacular Latin Americanisms* (2018) en este preciso momento? La pregunta parece extemporánea si se piensa en el carácter ya consolidado del libro en el ámbito angloparlante. Sin embargo, el propio Fernando Degiovanni parece anticipar esta inquietud cuando afirma, desde las primeras páginas, que “[...] no hay latinoamericanismo sin distancia y sin desplazamiento” (9). La frase no funciona solamente como metáfora metodológica, sino como diagnóstico histórico y político: el latinoamericanismo nace, se consolida y se redefine en condiciones de asimetría geopolítica, migración intelectual y fricción institucional. Traducir el libro hoy no es, por tanto, un gesto editorial neutro; es una intervención situada.

En un contexto marcado por el recrudecimiento de políticas de exclusión y precarización en programas de Español y Estudios Latinoamericanos en diversas universidades de Estados Unidos, la traducción de *Vernacular Latin Americanisms* bajo el título *Latinoamericanismos situados. Guerra, mercado, literatura* adquiere una urgencia particular. La extranjería y la lengua vuelven a ser leídas como signos de amenaza, como si la producción de conocimiento sobre América Latina constituyera un riesgo antes que una forma de diálogo hemisférico. Basta recordar, por ejemplo, la revocación en marzo de 2025 de la Orden Ejecutiva 13166, que redujo la obligatoriedad de proveer servicios públicos en idiomas distintos del inglés, para advertir que la cuestión lingüística continúa siendo un campo de disputa política. En ese escenario, publicar en español un libro que examina críticamente la historia del latinoamericanismo en Estados Unidos no solo amplía su circulación: reabre el debate sobre quién produce saber, desde dónde y para quién.

Para quienes nos formamos en programas de Letras, Historia o Humanidades en universidades latinoamericanas y luego migramos —por estudios, trabajo o razones vitales— hacia el ámbito académico estadounidense, la pregunta por la legitimidad y la necesidad de los Estudios Latinoamericanos en esta geografía siempre reaparece. ¿Qué significa enseñar literatura latinoamericana en instituciones que históricamente han participado, de forma directa o indirecta, en

proyectos de intervención política y económica en la región? ¿Cómo sostener un campo disciplinar cuya genealogía, como muestra Degiovanni, está ligada de manera íntima a la guerra, el mercado y la diplomacia cultural? La traducción de este libro, en ese sentido, no es solo un retorno lingüístico: es una invitación a repensar críticamente nuestra propia posición dentro de un campo que, lejos de ser autónomo, ha sido desde su origen profundamente situado.

En esa distancia —geográfica, histórica y disciplinar— el libro vuelve a encontrar su contemporaneidad. No se trata simplemente de una coincidencia temática, sino de una reactivación estructural. Las políticas de guerra y mercado que Degiovanni analiza —la Doctrina Monroe, el panamericanismo, la Política del Buen Vecino— reaparecen hoy bajo nuevas modulaciones, pero con resonancias inquietantemente familiares. El lema decimonónico “América para los americanos” se reactualiza en intervenciones político-culturales que vuelven a concebir el hemisferio como espacio estratégico antes que como comunidad crítica. En este sentido, el archivo que Degiovanni reconstruye no pertenece solo a un pasado monumentalizado.

El autor define el latinoamericanismo como “un conjunto de intervenciones intelectuales e institucionales que proponen situarse más allá del nacionalismo de Estado y del internacionalismo mundializante como forma de pensar los lazos regionales” (12). Esa definición, lejos de estabilizar el campo, lo coloca en tensión permanente: el latinoamericanismo no es una identidad fija, sino una práctica que emerge en zonas de conflicto. Constituido a comienzos del siglo XX y consolidado en la década del sesenta, ese campo disciplinar retorna hoy bajo parámetros similares a los que el propio Degiovanni describe para el siglo pasado. Se trata de un discurso “activado y mediado por el horizonte de la guerra” cuyo objetivo fundacional fue —y acaso continúa siendo— “pensar la región como mercado hemisférico” (11).

Lo que el libro sugiere, entonces, no es una simple repetición histórica, sino la persistencia de una matriz: la producción de saber sobre América Latina se organiza en coyunturas de crisis geopolítica y reacomodamiento económico. La guerra —en sentido literal y también en el desplazamiento foucaultiano como forma de relación social— y el mercado no son variables externas al campo, sino condiciones de posibilidad de su emergencia. Traducido al presente, esto implica que cada vez que el hemisferio es reinscrito como zona de amenaza o de oportunidad estratégica, el latinoamericanismo vuelve a activarse, a redefinirse y a disputar su lugar.

Un último punto antes de comenzar con el desarrollo de los capítulos que conforman el libro. Para quienes fuimos educados en la tradición letrada latinoamericana, muchos de los nombres que Degiovanni somete a escrutinio —Federico de Onís, Américo Castro, Luis Alberto Sánchez, Pedro Henríquez Ureña, Enrique Anderson Imbert— nos fueron presentados bajo una cierta épica intelectual: figuras casi escultóricas, entregadas a la defensa de la cultura latinoamericana o panhispánica, mediadores ilustrados entre continentes, guardianes de una herencia común. Esa monumentalización, sedimentada en manuales, programas de estudio y relatos institucionales, construyó una narrativa de vocación y sacrificio que raramente se detenía en las zonas de ambigüedad. El giro metodológico de Degiovanni consiste precisamente en poner en suspenso esa monumentalidad y leer —leer en serio, con paciencia archivística y con sospecha crítica— aquello que desborda la versión heroica. Su intervención no busca desacralizar por mero gesto revisionista, sino volver a narrar esas trayectorias en el entramado de intereses políticos, económicos y afectivos que las hicieron posibles. Por ello, el archivo que articula el libro no se limita a la obra publicada ni al discurso programático, sino que incorpora cartas, conferencias, informes institucionales y documentos personales que registran lo que podríamos llamar la somatopolítica de cada figura: los deseos de inserción, las estrategias de supervivencia, las ambiciones institucionales, las negociaciones con el poder. En ese desplazamiento del monumento al cuerpo, del canon a la correspondencia privada, el latinoamericanismo deja de ser una sucesión de próceres intelectuales para revelarse como un campo atravesado por rivalidades, alianzas tácticas y apuestas situadas.

### **Lo primero, establecer el campo**

En los primeros capítulos de *Latinoamericanismos situados*, Fernando Degiovanni propone releer el origen del latinoamericanismo académico en Estados Unidos no como el nacimiento espontáneo de una especialidad universitaria, sino como la constitución estratégica de un campo de saber vinculado a la expansión hemisférica estadounidense. Según su reconstrucción, el punto de inflexión se sitúa a comienzos de la década de 1910, cuando Jeremiah Ford, profesor de lenguas romances en Harvard, instó a sus doctorandos a abandonar la filología española medieval y del Siglo de Oro para dedicarse a un objeto hasta entonces marginal: la literatura de América Latina. Para Degiovanni, este desplazamiento no fue meramente académico; estuvo íntimamente ligado a la nueva coyuntura geopolítica abierta por la consolidación de la hegemonía estadounidense tras la inauguración del canal de Panamá y la Primera Guerra Mundial.

Los llamados “Ford boys” —entre ellos Alfred Coester, Isaac Goldberg y Sturgis Leavitt— asumieron la tarea de producir lo que todavía no existía como campo organizado: historias literarias, antologías, bibliografías, asociaciones profesionales y revistas especializadas. Pero lo que Degiovanni subraya es que esta institucionalización no puede separarse de una lógica panamericanista que concebía el conocimiento como instrumento de intervención. De hecho, lo formula de manera explícita: “[...] el panamericanismo imaginaba a los especialistas en América Latina como aguerridos patriotas de una nación en tiempos de guerra, nación que era concebida como una totalidad ‘anglosajona’” (106). En esta lectura, el latinoamericanismo no surge desde la autonomía disciplinar, sino como engranaje cultural de un proyecto geopolítico más amplio.

La figura de Alfred Coester ocupa un lugar central en esta argumentación. Degiovanni recuerda que su *The Literary History of Spanish America* (1916) fue la primera historia de la literatura latinoamericana publicada en cualquier lengua, pero insiste en que su origen institucional resulta revelador: Coester era profesor de castellano en una escuela comercial de Brooklyn, y “[...] los orígenes de este libro son inseparables de la constitución de una burocracia al servicio del expansionismo colonial estadounidense” (89). El dato no es menor. Según un reporte de 1915 citado por Degiovanni, en estas instituciones el aprendizaje de lenguas extranjeras tenía como finalidad el “dominio de la correspondencia comercial”, en un contexto en el que “[...] el español ocupa el primer lugar en lo que atañe al comercio estadounidense de manufacturas”, pues los países latinoamericanos “[...] constituyen un gran mercado para Estados Unidos” (90). En esta misma orientación debe leerse la publicación previa de Coester, *A Spanish Grammar* (1912), orientada al español de negocios.

Uno de los aportes más sugerentes de Degiovanni consiste en mostrar que la *Historia literaria* de Coester no se oponía a esa lógica comercial, sino que la complementaba. Frente a manuales centrados en materias primas o estadísticas económicas, el libro se proponía revelar la “psicología” de los latinoamericanos (91). La literatura aparecía así como un archivo privilegiado para descifrar las “mentalidades” de las elites regionales y los diversos “caracteres nacionales” con los que los representantes comerciales estadounidenses deberían interactuar (92). En la lectura de Degiovanni, el latinoamericanismo temprano se configura como una tecnología de interpretación cultural al servicio de la inteligibilidad del mercado hemisférico.

El establecimiento del campo implicó, entonces, algo más que la delimitación de un corpus literario: supuso la creación de infraestructuras institucionales, programas pedagógicos y marcos epistemológicos alineados con los objetivos del panamericanismo. Incluso las disputas internas del campo —como cuando “[...] la obra pedagógica y crítica de Sánchez también sería vista como un obstáculo para activar la agenda de integración hemisférica” (254)— confirman, en la argumentación de Degiovanni, que el latinoamericanismo fue desde su origen un espacio atravesado por tensiones políticas. La guerra, entendida no solo como conflicto armado sino como forma estructurante de las relaciones hemisféricas, funciona en su análisis como el horizonte que organiza la producción de saber.

En conjunto, estos capítulos permiten a Degiovanni formular una tesis contundente: el latinoamericanismo académico en Estados Unidos nació como parte de una economía del conocimiento articulada a proyectos de expansión, administración y mercado. Establecer el campo fue, simultáneamente, producir el objeto, organizar sus materiales y volverlo funcional a un orden hemisférico en construcción.

### **Lo segundo, soterrar las tensiones geopolíticas**

El segundo bloque de análisis, siguiendo la línea que Degiovanni traza desde la configuración temprana del latinoamericanismo académico, se centra en la expansión del hispanismo, el cual tensiona la consolidación de la disciplina en Estados Unidos durante las décadas de 1910 a 1940, mostrando la compleja interacción entre geopolítica, pedagogía y control del conocimiento. Degiovanni subraya que los discursos de gestión profesional promovidos por Ford y Coester no permanecieron hegemónicos de manera incontestada. La llegada de Federico de Onís a Columbia University en 1916 inaugura, según Degiovanni, un frente alternativo al programa pedagógico del panamericanismo: “La llegada de Federico de Onís (1885-1966), discípulo de Miguel de Unamuno y de Ramón Menéndez Pidal, a Columbia University en 1916 abriría un frente alterno al programa pedagógico del panamericanismo” (125). Onís introduce los “estudios hispánicos” como estrategia para incrementar la producción de saberes especializados sobre España, al tiempo que visibiliza y prestigia la cultura española en el espacio académico estadounidense, contraponiéndose a los objetivos culturales y mercantiles del panamericanismo (126).

En esta tensión disciplinar, Degiovanni observa cómo Onís adopta un enfoque esencialista y autónomo de la literatura hispánica, distanciándose de cualquier



perspectiva materialista o marxista: “Su proyecto consistía en reafirmar una ontología de lo hispánico como fuerza exterior a toda segmentación histórica... El modernismo resulta entonces un movimiento ‘autónomo’, ‘espontáneo’, ‘original’, ‘esencial’, ‘propio’, ‘interno’” (153-154). Este esencialismo funciona, según el autor, como un mecanismo de control del campo: al centralizar la autoridad en España, se restringen las narrativas que enfatizan particularismos latinoamericanos o la hibridación cultural, asegurando que la disciplina permanezca alineada con los intereses del hispanismo clásico (155). Degiovanni destaca, además, la conexión con las estructuras académicas y políticas de España, donde la correspondencia con Menéndez Pidal y Navarro Tomás revela la intención deliberada de Onís de instrumentalizar la educación norteamericana para fortalecer la presencia española: “No se trata de nada frívolo ni ‘hispanoamericanista’, sino de clases que se dan en cualquier universidad que no sean las nuestras [...] Que esto le conviene a España, es claro” (157).

La expansión del hispanismo se cruza con los flujos migratorios y los acontecimientos internacionales que configuran el siglo XX. Degiovanni subraya que la acelerada expansión del campo latinoamericanista adquiere una dimensión estratégica con la Guerra Civil española (1936-1939) y el auge del nazismo (1933-1945): “El cierre del Centro de Estudios Históricos de Madrid a raíz de la Guerra Civil española... y la consolidación de Hitler en el poder... definirán de modo estratégico temas y perspectivas de trabajo” (167). La llegada de filólogos y pedagogos exiliados a Estados Unidos consolida una disciplina cuyo objetivo, paradójicamente, es tanto antitotalitario como promotor de la autoridad histórica de España sobre América, evidenciando la articulación entre política y producción académica (167-168).

En este contexto, Américo Castro emerge como actor central en la reconfiguración del campo latinoamericanista en la academia estadounidense. Su inserción en Wisconsin, Texas y posteriormente en Princeton le permite ampliar y redefinir el proyecto de Onís, asesorando organizaciones públicas y privadas interesadas en la expansión de los intereses norteamericanos y produciendo textos fundamentales de historia y cultura latinoamericana. Degiovanni subraya que, aunque Castro se distancia de la política explícita, su trabajo sigue alineado con la política del Buen Vecino, promoviendo la integración hemisférica y la primacía de la literatura española: “Para Castro, además, la ‘inseparabilidad’ de la literatura española e hispanoamericana no implicaba que las dos áreas de saber ocuparan una posición equivalente: en su lugar, pugnaría por promover la primacía de la enseñanza y la investigación en literatura española” (173).

El autor resalta cómo la producción de conocimiento y materiales pedagógicos, como *Iberoamérica: su presente y su pasado* (1941) y *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico* (1941), no se limita al texto, sino que incorpora recursos visuales y estadísticos al servicio de agendas políticas y económicas: “Partícipe del programa extractivista, Iberoamérica también incluye un extenso apéndice compilado por Frederic Ernst... y constituyen un rico archivo visual para el futuro visitante” (178). Degiovanni demuestra así cómo la erudición se convierte en un instrumento para la consolidación de poder, evidenciando que la expansión disciplinar no es neutral, sino estratégicamente situada entre los intereses académicos, estatales y comerciales de Estados Unidos y la influencia española.

Este bloque, entonces, permite observar que la historia del latinoamericanismo académico está marcada por tensiones constantes entre panamericanismo e hispanismo, entre autonomía disciplinar y objetivos políticos, entre enseñanza y producción de conocimiento como recurso estratégico. Degiovanni, al rastrear estas biografías intelectuales y los archivos documentales que las sustentan, ofrece un análisis que no solo reconstruye eventos y trayectorias, sino que ilumina las fuerzas estructurales que moldearon el campo, evidenciando cómo la academia, la geopolítica y la economía se entrelazan en la constitución de un saber situado.

### **Lo tercero, erigir al latinoamericanista**

La construcción del intelectual latinoamericanista proveniente de la geografía latinoamericana, tal como la presenta Degiovanni, se despliega en un espacio donde educación, política y mercado cultural convergen para configurar tanto la disciplina como la figura del intelectual comprometido. Desde los movimientos estudiantiles y la Reforma Universitaria de 1918 en Córdoba, emerge un latinoamericanismo alternativo, caracterizado por la combinación de socioliteratura, educación democrática y compromiso generacional: “Desplazando el conflicto político del ámbito de las clases sociales al de la diferencia generacional y la educación democrática, el latinoamericanismo deviene así un discurso de agitación fundado en una comunidad intelectual juvenilista transnacional” (216). Los jóvenes intelectuales, entre ellos exiliados apristas y figuras como Luis Alberto Sánchez, redefinen la historia literaria desde la experiencia vital y el conflicto crítico con la filología académica: “Se trata de un ataque a la filología, pensada como polo frente al cual se posiciona su propia ‘socioliteratura’” (226). La incorporación de la economía de mercado como componente de la cultura demuestra que

el intelectual latinoamericanista no es solo crítico, sino también estratégico, capaz de articular resistencia frente a la burocratización y el nacionalismo: “[...] solo la promoción de una economía de mercado basada en las clases medias...permitirá el desarrollo de un discurso cultural latinoamericanista” (231).

El intelectual latinoamericanista se consolida también en un escenario internacional, donde figuras como Pedro Henríquez Ureña actúan como mediadores culturales en Estados Unidos, en el marco de la política del buen vecino y de los intereses económicos norteamericanos en la región: “Más que apelar a las masas... Estados Unidos tiene que contribuir a sostener la autoridad de la elite latinoamericana y sus prácticas culturales” (274). La disciplina se inserta así en redes de poder que atraviesan la literatura, la política y la economía, evidenciando que la institucionalización del latinoamericanismo depende de la articulación entre capital simbólico y material: “La noción de ‘criollo superior’ sirvió también a Henríquez Ureña como modo de definir la alianza estratégica entre Estados Unidos y América Latina” (289). Este posicionamiento demuestra que la autoridad intelectual no solo se sustenta en méritos académicos, sino también en la capacidad de operar en estructuras de poder transnacionales.

En paralelo, la *Historia de la literatura hispanoamericana* de Enrique Anderson Imbert marca un momento decisivo en la configuración del intelectual latinoamericanista, al pasar del historicismo filológico al análisis estilístico y al mercado cultural. Imbert proyecta un modelo de intelectual autónomo y profesional, capaz de mediar entre exigencias políticas y criterios estéticos: “Se trata aquí de ‘acercarse’ a la literatura como hecho y material de lenguaje y al ‘artista’ como productor ajeno a preceptos doctrinarios, teológicos, morales o didácticos” (321). Su obra refleja la defensa de la autonomía frente a políticas culturales totalitarias y al dogmatismo estético de izquierda: “[...] la estilística también responde a la necesidad de defender la autonomía literaria y la profesionalización del escritor frente a las políticas culturales ‘totalitarias’” (316-317). En este sentido, el intelectual latinoamericanista se define no solo por la pertenencia a una comunidad académica, sino por la habilidad de construir un canon accesible, navegar mercados editoriales y mantener una aparente independencia ideológica, incluso bajo la presión de contextos políticos complejos: “[...] el abordaje autotético de los textos y la crítica explícita de Anderson Imbert a los escritores comunistas y existencialistas se ajustaban al posicionamiento ideológico que el macartismo demandó entonces de los profesores universitarios” (339).



Además, el intelectual latinoamericanista se articula con proyectos de difusión y canonización que amplían su presencia transnacional. La orientación hacia el lector común, el estilo “llano” y “sano”, y la profesionalización literaria reflejan un humanismo de mercado que protege la libertad creativa y establece un vínculo entre ética estética y práctica social, tal como lo explica Anderson Imbert en su lectura de Alfonso Reyes: “[...] la peculiaridad del universo poético de Reyes no es extravagancia, sino afinamiento de las direcciones normales del hombre” (326). Así, se configura un intelectual capaz de intervenir en la circulación cultural, consolidar espacios de resistencia frente a regímenes autoritarios y proyectar el latinoamericanismo como un campo intelectual autónomo, pero situado en contextos históricos, políticos y económicos específicos.

En suma, *Latinoamericanismos situados* no solo reconstruye la historia de un campo académico, sino que revela cómo cada esfuerzo por producir, enseñar y canonizar conocimiento latinoamericano ha estado inseparablemente ligado a contextos de poder, economía y política internacional. Degiovanni demuestra que el latinoamericanismo no es un legado neutral ni heroico, sino un espacio estratégico donde la educación, la mediación cultural y la circulación de textos se entrelazan con intereses concretos, creando intelectuales capaces de negociar, resistir y proyectar saber situado. Traducido al presente, el libro nos recuerda que estos desafíos siguen vigentes: pensar América Latina desde fuera y desde dentro exige reconocer que nuestra disciplina, como sus protagonistas históricos, siempre ha sido —y sigue siendo— profundamente situada y contestataria, en tensión entre autonomía y subordinación, entre mercado y ética intelectual.

*Ignacio Pastén López*

Pontificia Universidad Católica de Chile, LAILaC, CUNY